

Recibido: 23-02-2013/ Aprobado: 25-03-2013
pp. 29-33

Corina Yoris-Villasana

**DIALOGANDO CON PAWEL
TARASIEWICZ**

La disertación de Tarasiewicz, enfocada a mostrar cómo la institución universitaria es la gran creación de la cultura occidental, desarrolla un aspecto a veces descuidado en las caracterizaciones de la Universidad. *Ningún otro diálogo de cualquier otra civilización puede ser comparado con el diálogo que se da en las universidades*, afirma Tarasiewicz. Es decir, básicamente la Universidad es Diálogo; así con mayúscula; pero, ¿cuál diálogo? ¿Aquel que se conoce como diálogo persuasivo, cuyo punto de inicio es la diferencia de opiniones?, ¿o es aquel donde priva la diferencia de intereses? Es importante esa delimitación, en tanto en el primero la meta es persuadir al otro, y el método se caracteriza por las concesiones que cada participante le hace al otro; mientras que el diálogo negociador tiene como meta una victoria personal y el método se basa en la consecución de pactos. Los intereses podrían ser "negociables", no así los valores. De esta manera un diálogo negociador puede ser exitoso en un conflicto de intereses, mas en un conflicto de valores se vuelve limitado¹. Pero quien se educa mediante la educación liberal debe, en principio, poseer pensamiento crítico, y ese punto es desarrollado con mucha fineza en la conferencia.

Para mantenernos dentro de la tradición occidental tenemos que hacer que nuestras universidades preserven su identidad que no es otra cosa que la educación liberal: esa educación liberal consiste en recordarse a uno mismo la excelencia humana, la grandeza humana..., nos obliga a entrar en diálogo con los más grandes talentos, puestos que ellos monologan. Nosotros tenemos que transformar sus monólogos en un diálogo, su "cada uno por su lado" en un "juntos".² Y, ciertamente, ese diálogo se da, principalmente, en el seno de aquellas universidades donde no se ha perdido la identidad. Esa identidad, en nuestro caso específico, que somos una universidad católica, está íntimamente relacionada con el desarrollo en plenitud de cada persona, en su educación y en su asunción como católico.

1 C. Yorís (2011). ¿Dialogando sin argumentos? En *Revista de Comunicación*.

2 L. Strauss <http://es.catholic.net/educadorescatolicos/694/2418/articulo.php?id=20870>

Pawel Tarasiewicz propugna la educación liberal, tal y como el cardenal Newman exponía en su famoso libro *Idea de la Universidad*³. Dicha propuesta estima que una mente desarrollada posee la facultad para argumentar lógicamente, para distinguir entre meras opiniones y sólidas razones; para desarrollar competencias y habilidades que permitan contrastar entre visiones y disciplinas contradictorias⁴.

Tarasiewicz divide su análisis en tres dimensiones sobre los aspectos descollantes de la educación liberal, 1) desarrollo integral de la persona, 2) persona como fin y no como medio, y 3) fines de la vida y no medios; voy a detenerme en la relación que establece entre educación liberal y universidad, puesto que merece ser enfatizada en este breve comentario.

Citando a Leo Strauss *la educación liberal es educación en la cultura o hacia la cultura. El producto terminado de una educación liberal es un ser humano cultivado*⁵ y en esa educación liberal el conocimiento conlleva su propio fin⁶, es decir, es la prosecución del conocimiento por su propio valor.

No solo es un medio para alcanzar algo que está después, o los antecedentes a la de ciertas artes en las cuales se resuelve en forma natural, sino que es un fin suficiente para basarse en él y para ser buscado por sí mismo⁷.

En esa línea de pensamiento, ver el valor del conocimiento por el conocimiento mismo, surgen numerosas objeciones, puesto que se considera, en nuestros días, que la universidad terminaría siendo acusada de poseer planes de estudio desvinculados de la realidad, trayendo como consecuencia que como institución no educa a los estudiantes para enfrentar los retos de la sociedad en donde se encuentran insertos como ciudadanos.

A esta objeción le salió al paso Jaroslav Pelikan, quien argumentó con gran acierto que *el aprendizaje liberal como la razón de ser de la Universidad no significa que este conocimiento nunca debe producir nada útil o tener consecuencias, sino que su principal justificación no debe ser esta*⁸; es decir, si la institución universitaria circunscribiera la consecución del conocimiento solo a aquel que produzca conocimientos útiles a corto plazo, ¡cuántos descubrimientos se hubiesen quedado en el primer borrador del investigador! Ahora bien, hay que conceder que si la universidad aspira a participar en el seno de la sociedad en la cual está inscrita, se le hace indispensable buscar ese conocimiento útil⁹.

3 J. H. Newman. *The Idea of a University*. New Haven & London: Yale University Press, 1996.

4 Cfr. R. Ruiz. *La educación liberal: orígenes y vigencia*.
Disponible en: <http://www.fundavalle.com/objetivos/origen.pdf>

5 L. Strauss. *Op. Cit.*

6 J. H. Newman. *Op. Cit.*

7 *Ibid.*

8 J. Pelikan (1992). *The Idea of the University. A Reexamination*, Yale University Press, New Haven & London, p. 33

9 Cfr. O. González Cuevas. *El concepto de universidad*. Disponible en: http://www.anuies.mx/servicios/p_anuies/publicaciones/revsup/res102/txt3.htm#2.1

Una de las virtudes de la educación liberal es que el estudiante piensa por sí mismo, es capaz de alejarse del argumento de la autoridad por falaz y sabe situarse por encima del relativismo tan dañino que impera en nuestra época. Es indispensable acentuar las virtudes que acompañan a esta educación como lo son la libertad de indagación, la honestidad intelectual y la confianza en la racionalidad¹⁰. Sin embargo, hay quienes se preguntan: ¿la filosofía no conduce necesariamente a la dictadura de la “verdad única”, absoluta, totalitaria, etc.?

La conferencia alcanza su cénit cuando se establece la conexión entre universidad y catolicismo. Al proclamar la libertad de indagación como una de las virtudes necesarias en la educación universitaria, surge en el acto una pregunta: ¿cómo armonizar la libertad de pensamiento con el dogma? ¿Qué hacemos cuando en un determinado momento de una investigación surge una duda entre conciencia y ciencia? Muchos científicos pregonan que la ciencia aportará en breve lapso respuestas a todas las interrogantes que el ser humano se plantea, cayendo en lo que Popper llamó “materialismo promisorio”; dicho en otras palabras, siempre se “apoyan en la promesa de que el futuro les dará la razón”¹¹. ¿Puede la ciencia explicarlo todo? ¿Qué le aporta al ser humano creer en Dios, tener fe? ¿Es cierto que no es posible conciliar fe y razón, en tanto son fenómenos dialécticamente opuestos?

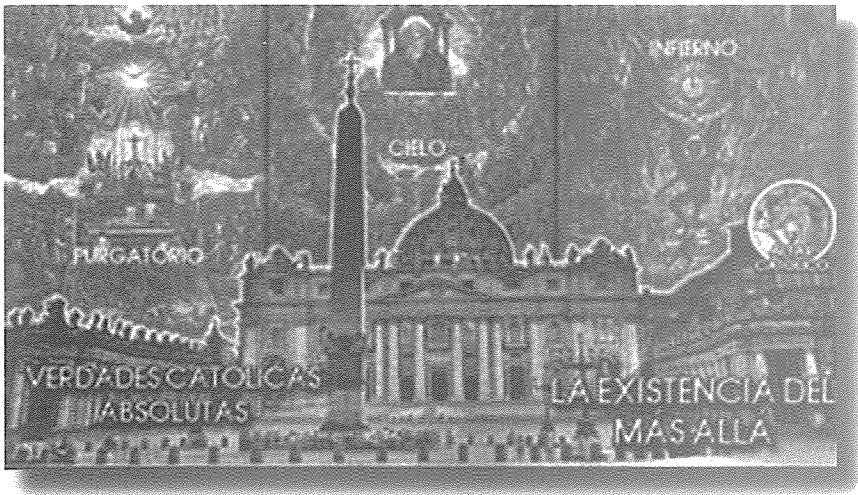
Por último, quisiera preguntarle al padre Tarasiewicz: ¿es posible consolidar la universalidad del conocimiento, abarcando también la dimensión espiritual, en una universidad que no sea católica?

Gracias por su atención.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ M. Artigas. *El cerebro del Dr. Crick*. Disponible en <http://www.unav.es/cryf/elcerebrodecrick.html>

Piotr Jaroszynski



LA VERDAD
COMO VALOR ÉTICO
PARA LA UNIVERSIDAD

En este artículo quisiera explicar que la verdad tiene, además de valor epistemológico, valor ético, porque desde el punto de vista ético la verdad es un valor importante para la universidad, y en especial para la universidad católica.

La verdad como valor epistemológico significa un acuerdo entre el intelecto y la realidad (*veritas est adequatio rei et intellectus*). La verdad como valor ético es el bien para el hombre. Y finalmente, la verdad es valor para la universidad porque la universidad debe respetar el bien de la persona humana, es decir, del hombre integral.

Aunque la universidad nació en la Edad Media, sus raíces se remontan a las antiguas escuelas filosóficas, especialmente a la Academia de Platón y el Liceo de Aristóteles. En general, la universidad en sentido clásico y tradicional se basa en dos presuposiciones, a saber: a) que cada persona humana está abierta a conocer la verdad y; b) que conocer la verdad y compartirla tiene dos dimensiones, una antropológica y otra moral.

“¿Qué significa exactamente estar abierto al conocimiento de la verdad?” Que es lo que deriva de su naturaleza, es decir, que puede conocer la verdad y la quiere conocer (*omnes homines natura scire desiderant*, Aristóteles, *Metafísica*, A 1). Los animales tienen los poderes de conocimiento, pero no conocen la verdad porque la verdad necesita la reflexión sobre el objeto del conocimiento (el ser) y sobre el acto de conocimiento (el juicio). Los actos y la reflexión son posibles solamente cuando el poder de conocimiento es el intelecto. Sin intelecto no hay verdad en sentido estricto. Como el conocimiento es la inclinación primordial y natural del intelecto, entonces el hombre quiere conocer por naturaleza.

¿Qué significa “antropológico y moral”? Significa que conocer la verdad es propio de la naturaleza humana (antropológico) y asimismo, es bueno para la humanidad (moral). “Bien” quiere decir lo que la naturaleza realiza o perfecciona, es potencia hecha acto, y la perfección que la naturaleza necesita le viene del fin.

En sentido estricto, la ética es respuesta al bien como fin del obrar humano, que surge de la propia naturaleza del hombre. La antropología es la base de la ética, siempre que su imagen del hombre sea la de un ser que de manera natural contiene sus propias inclinaciones y fines.

La ética clásica se diferencia de la ética kantiana porque la primera se basa en la naturaleza real del hombre: su potencialidad tiene el fin y tiene que ser actualizada mediante el bien (la perfección). En cambio, la segunda se basa en los valores aislados de la realidad (*Sollen* contra *Sein*). El aislamiento de los valores de la realidad se debe a dos razones. La primera: la realidad como realidad es inconcebible, el objeto de nuestro conocimiento es el efecto de una síntesis de las categorías *a priori* y de los sentidos. La segunda: el hombre no tiene ninguna naturaleza (nominalismo), entonces no hay fines naturales. En efecto, si no hay ser, ni naturaleza, necesitamos un nuevo campo para la moralidad, y eso es el campo de los valores. Pero el campo de los valores está fuera de la realidad. Tal ética puede ser interesante intelectualmente, especialmente para los filósofos, pero para el hombre común, sujeto de la moralidad y dueño de sus propias decisiones no tiene mucho sentido práctico. El hombre toma decisiones que le demandan situaciones reales y no virtuales o ideales, como el bien y el mal, en tanto que abstracciones.

En la perspectiva de la filosofía clásica, la verdad constituye el valor moral esencial como elemento arraigado en la naturaleza humana, por lo tanto, cuando hablamos de valor moral, hablamos de naturaleza humana. Se sigue entonces que, cuando hablamos de ética, hablamos de antropología, y viceversa, al hablar de ética nos estamos refiriendo también a antropología.

La verdad posee dimensión moral porque surge de la dimensión antropológica. Por eso, podemos considerar a la verdad en un sentido amplio, no limitado y más profundo. Influidos por Kant, estamos acostumbrados a tratar la ética en sentido limitado o restringido. En consecuencia, la ética llega a ser un campo dividido entre valores morales y razón práctica. Mientras tanto, en la ética clásica el bien se refiere a toda la persona humana, y asimismo, concierne a todos los campos en la vida de la persona. Así como la verdad unida con los actos de conocimiento puede referirse a todos los campos de la vida personal (dado que en todos esos campos está presente el conocimiento), así también aparece el bien en ellos.

Esto implica que la universidad en su relación con la moral no se limita simplemente a los asuntos educativos sino también al conocimiento y a la ciencia que son los fenómenos más importantes en la actividad académica. Y es que lo académico no puede ser separado de la moralidad, puesto que la verdad científica es además bien moral. Entonces, el bien aparece cuando la universidad busca la verdad y la difunde.

Sin embargo, aunque esto puede parecer claro, en realidad no es tan sencillo: la verdad como fin en el proceso educativo y en el proceso de descubrimiento de la ciencia puede ser transformada, lo que conlleva la marginación de la verdad o incluso su rechazo en la universidad. Entonces, puede ser que la crisis contemporánea de la educación y de la universidad tenga que ver con el hecho de que la verdad ha dejado de ser fin primordial para la educación y la ciencia. No se habla mucho sobre esta crisis, porque no se ha tomado el distanciamiento suficiente ante este problema y porque tampoco existe la formación filosófica necesaria, y que tiene sus raíces en el amor de la verdad.

¿Qué contribuye con la marginación o rechazo de la verdad? Son muchas las causas. Enumero, al menos, tres de las más importantes: el utilitarismo, la ideología y la civilización.

El utilitarismo: la revolución científica de los siglos XVI y XVII condujo al desarrollo de algunas ramas de la ciencia, de la tecnología y de la industria, en detrimento del desarrollo de las humanidades. La fuente de estos cambios fue la mudanza sufrida por el fin del conocimiento científico: de *scire propter ipsum scire* (el conocimiento por el mismo conocimiento) a *scire propter uti* (el conocimiento con el fin de ser útil).¹ Todo ello incidió en el sentido y en el valor de la verdad en el ámbito de las ciencias y de las universidades, lo que trajo las siguientes consecuencias:

Si el fin del conocimiento reside solamente en su utilidad, entonces se debe limitar el sentido de la realidad, tal y como la conocemos, a todo lo que puede ser útil. Sin embargo, la realidad (y en consecuencia, la verdad sobre ella) es mucho más rica de lo que puede implicar su utilidad. La madera tiene más propiedades de las que se refieren meramente a la construcción de una barca o de una mesa. Entonces, según este esquema utilitarista, si no conocemos algunas de las propiedades de la madera, necesariamente nos resultará inútil para otras cuestiones distintas a las de la construcción civil o la náutica. Decir que podríamos conocer nuevas propiedades que en el futuro pudieran ser útiles no es la solución del problema, porque se podría dar el caso en el que existan propiedades "no-útiles" aunque importantes para ese objeto en tanto que ser. La utilidad es la relación entre un objeto y un sujeto (el hombre), y no supone el descubrimiento de la naturaleza del objeto en sí mismo.

Si el fin del conocimiento está en su utilidad, supondría una extrapolación de la realidad según la cual solo existe lo que puede ser útil. Esta afirmación tiene consecuencias metafísicas más graves, que pueden ser analizadas solamente en metafísica y no en ciencias como la física o la biología, que no

1 P. Jaroszynski, *Science in Culture*, New York 2007, parte IV.

toman distancia de la realidad porque están sumergidas en su objeto, y los científicos raras veces tienen una cultura metodológica demasiado profunda.

Otro aspecto de la extrapolación de la realidad es su reducción al aspecto relacionado con la estructura del ser, aunque este punto de vista pudiera considerarse secundario. Si el ser se reduce a materia y cantidad, no hay lugar ni para la esencia, ni para la substancia, ni para el sujeto, porque estos elementos de la estructura del ser son objetos de conocimiento de la filosofía. Esta última pierde su importancia como asignatura en los programas de educación universitaria, aunque en las universidades exista, en efecto, una filosofía (con un imaginario sobre la realidad y el hombre), pero siempre, a fin de cuentas, se trata de una filosofía velada.

De manera más grave el reduccionismo toca la imagen del hombre. Es imposible conocer al hombre en tanto que persona. La categoría persona no es categoría utilitaria dado que resalta, sobre todo, el ente en sí mismo y por sí mismo, el ente sujeto y el ente substancia. El utilitarismo y el instrumentalismo suponen solamente una relación de subordinación de una cosa a la otra. Si no se da la discusión sobre los fines en sí mismos, no es posible hablar del hombre como persona. En consecuencia, la actividad académica pierde su dimensión humanista, que es la más importante en la historia de la universidad desde la época antigua y medieval. Sin las humanidades la universidad es más una politécnica que universidad.

La ideología: así como el utilitarismo significa el cambio del fin de las ciencias que va del conocimiento por el conocimiento mismo, al conocimiento como objeto de utilidad, así también la ideología en relación con las ciencias humanas, especialmente en lo que refiere a la filosofía. La ideología se transformó en las humanidades utilitaristas.² El fin utilitarista de la ideología hace que se proyecte una nueva realidad en la que se persigue la construcción de un "nuevo hombre" y de una "nueva sociedad". De este modo, la ideología se encuentra con la utopía, en sentido moderno, según Tomás Moro. Entonces, el fin del conocimiento no es la verdad sobre la realidad encontrada, sino la verdad como concordancia entre el proyecto de hombre y sociedad y el producto; esto es, la correspondencia entre tal hombre y sociedad nuevos y el proyecto que se hizo de ellos. Pero esta es verdad en sentido artístico, técnico, no teórico. Entre tanto, la verdad en el sentido clásico significa la concordancia entre el conocimiento y "el estado real de las cosas". ¿La ideología / utopía necesita una verdad así? Sí, por los tres motivos:

Necesita conocer el material, la materia de la cual serán creados el nuevo hombre y la nueva sociedad.

2 P. Jaroszynski, *Science in Culture*, New York 2007, chapter 6.

Necesita conocer al hombre antiguo y la sociedad antigua para criticarlos.
Necesita conocer al hombre antiguo y la sociedad antigua para destruirlos.

La ideología (la utopía) necesita la verdad en el sentido clásico, pero en una etapa, para destruir su correlato, entonces la realidad, como conocimiento, es hoy sinónimo de destrucción (*To know today is synonymous with to destroy*³). En la práctica, eso significa que cuanto hay más verdad, peor para la realidad, dado que se conoce la verdad para destruirla, para destruir al hombre sin respetar sus derechos y su dignidad.

La civilización: ¿el valor de la verdad depende del tipo de la civilización? A primera vista parece que la verdad es un valor humano tan importante que tiene que ser estimada en el mismo grado en todas las civilizaciones. Pero no es así. El significado de la verdad puede ser reducido y transformado de diferentes maneras.

La verdad posee 4 dimensiones: la teológica, óptica, cognitiva y moral. La civilización puede recibir la influencia esencial de esas dimensiones.

En la dimensión teológica puede servirse del concepto de un dios-mentiroso (Descartes). En la dimensión óptica puede servirse del concepto de un dios malo, el que crea una realidad mala (la gnosis). En la dimensión cognitiva puede servirse del concepto de un hombre caído, el que tiene las facultades cognitivas estropeadas, de ahí que no sea capaz de conocer la realidad por sí mismo (el protestantismo). En la dimensión moral puede servirse del concepto de un hombre-mentiroso como una categoría positiva (Ketman en la civilización persa).⁴

Un problema moral, desde el punto de vista de la ética clásica, es la reducción, la deformación o la eliminación de la verdad como el fin de la educación y de las investigaciones universitarias. El utilitarismo, la ideología y la civilización pueden injerirse con el fin primordial de la universidad, que ha sido, desde su nacimiento, la verdad. Esta injerencia contribuye a la deshumanización de la civilización, y paradójicamente la universidad es una de sus herramientas principales. ¿Por qué? Porque la verdad deformada o usada para obtener los malos fines perjudica mucho más que la falta de verdad (la falta de sabiduría). La verdad deformada es la verdad ideologizada, que concibe la realización de los programas utópicos, lo que conlleva millones de víctimas (por ejemplo, el comunismo cerca de 100 millones –según *El libro negro del comunismo*, 1997 en francés, 2010 en español). La verdad utilizada para obtener malos fines es la verdad sobre las debilidades humanas, utilizada no para curarlas, sino para aumentarlas, y gracias a ellas ganar la lucha por el poder y obtener beneficios. Estos son los campos de la moralidad en los que

3 E. Gilson, *The Terrors of the Year Two Thousand*, Toronto 1949, pp. 7-9.

4 Cz. Milosz, *The Captive Mind*, Vintage 1990, chap. 3.

entra la universidad, dado que la universidad tiene como objetivo buscar y enseñar la verdad.

En el caso de la universidad católica hay una regla: *veritas in caritate* (la verdad en la caridad). Eso significa apreciar la verdad porque se aprecia al hombre como persona, ya que él es el único ente creado a imagen y semejanza de Dios. La caridad abarca la relación interpersonal entre el ser humano y Dios. Y la verdad no solo no puede ser falsa, sino que también debe ser integral, es decir, abarcar todo lo humano y toda la realidad. Entonces, esta concepción puede salvar a la universidad de los peligros y las consecuencias del utilitarismo, la ideología y las civilizaciones no personalistas.

Por lo tanto, el proceso de aparejar las universidades católicas contemporáneas con las no católicas, con la sobreentendida renuncia a su identidad clerical, es un profundo malentendido, porque de esa manera se da permiso de excluir la verdad de la esfera de la moralidad. Esto trae como consecuencia la deshumanización de la universidad y refuerza la creencia popular de la deshumanización en la era global.

Ahora bien, las universidades católicas tienen como fin un gran desafío, que es el de defender los valores de la verdad en nombre de la dignidad del hombre: la plena verdad por el hombre como persona. El cumplimiento de esta tarea es imposible sin respetar la concepción clásica de la verdad y la moralidad clásica. La filosofía realista demuestra los fundamentos de la verdad y del bien, por eso, la filosofía clásica tiene que ser un campo esencial en la universidad. Sin la filosofía, nos encontramos en un caos cognitivo y metodológico o en el aislamiento del conocimiento respecto de la realidad.

La verdad es valor moral y abarca todo el obrar de la universidad, tanto en lo concerniente al trabajo científico, como en el aprovechamiento de sus frutos que tienen que estar relacionados con la creación de un ambiente humano tal que en él, el hombre pueda desarrollarse y crecer. La verdad entendida así, llegaría a ser el principal valor moral de la universidad.

Para terminar, preguntamos una vez más: ¿por qué la verdad tiene no solo dimensión epistemológica sino también moral? Porque la dimensión moral de la verdad es esencial, no secundaria, accidental o accesorio. ¿Por qué se olvida o reduce al mínimo la relación entre la verdad y la moralidad? Un error antropológico contribuye a la desintegración y a la de-substancialización del hombre. No hay conocimiento, sino que es el hombre el que conoce. En este momento la verdad no es solamente propiedad del hombre, sino además es el bien del hombre.

Podemos preguntar más: ¿hay una antropología contemporánea que respecta la integralidad y substancialidad del hombre? La respuesta no es difícil: no hay. En todas las corrientes de la filosofía contemporánea o de las

humanidades el sujeto real del hombre está destruido. No existe más, ni en el estructuralismo, ni en el psicoanálisis ortodoxo, ni en el marxismo, ni en la filosofía de Heidegger, ni en la filosofía de M. Scheler, ni en la fenomenología, ni en la filosofía analítica, ni en biología, ni en antropología ni en otras ciencias que tratan del hombre. Sin el sujeto (la substancia) no vale de nada hablar sobre la persona, porque la persona tiene como fundamento la substancia. Y la substancia es una categoría del ente de la que se ocupa sobre todo la metafísica.

Entonces, solamente en la antropología filosófica, que se apoya en la metafísica, es posible hablar del hombre como persona. Y en este momento, la persona tiene sus derechos naturales incluyendo el derecho de conocer la verdad en su acepción de bien para la persona.⁵ La verdad y el bien no son lo mismo, no expresan la misma idea, pero esencialmente y de la misma forma pertenecen al mismo sujeto –como dos poderes esenciales de la persona: la razón y la voluntad. Entonces, la verdad tiene su dimensión moral, es decir antropológica, aunque el bien no deforma a la verdad.

Hoy en día, la verdad se elimina o reduce al mínimo a causa de la ignorancia o de la ideología. La ignorancia es el efecto de la educación contemporánea que no respeta la necesidad de las artes liberales en el proceso de educación, especialmente en la educación media y universitaria. Entonces, no hay cabida en el currículo para la educación humanista, ni para el latín, ni para la lógica, ni para la retórica, ni para la filosofía clásica. En efecto, tenemos licenciados o profesores que se distancian de su propia disciplina y del hombre como persona. Predomina la especialización que impide ver la verdad como valor en sí mismo, como valor para la persona y no solamente para el “homo faber”.

En la tradición medieval la universidad fue el tercer sujeto de la vida pública: la Iglesia, el Estado, la universidad. Pero hoy en día, la universidad tiene menos soberanía, incluyendo a la universidad católica, porque la universidad está cada vez más subordinada a l poder político. ¿Qué significa la política hoy? Significa no preocuparse por el bien común, aunque sí del bien del tirano (y del bien de su banda, llamada partido político), y tiene como fin último la introducción de la ideología. Desde esta perspectiva la universidad sin soberanía es instrumento para el poder político por medio de la ideología y la tecnología, y consecuentemente, no se preocupa más por la verdad como valor moral de la comunidad académica.

El gobierno tiene la herramienta del control, así como del derecho, la administración y las finanzas. La universidad depende más y más de las leyes estatales y de los dineros que puede obtener por parte del estado y por ello

5 M. A. Krapiec, *I – man. An Outliner of Philosophical Anthropology*, transl. M. Lescoe, New Britain (Conn.), 1983.

se subordina a este y a su administración. En efecto, la universidad pierde su independencia, sus propios métodos y sus propios fines, incluyendo la verdad en su dimensión moral.

Hay también otra presión por parte del mundo, y es la relativa a la creación del nuevo modelo de inteligencia y de comunidad académica. *Être à la mode* (estar de moda) es otro factor que puede deformar el *ethos* del trabajo académico. Este modelo tiene como característica más evidente el idioma denominado "políticamente correcto". *Être à la mode* significa ser políticamente correcto, pero este término encarna una dictadura del relativismo que no tiene respeto por la verdad como valor absoluto. Y lo peor es que todo esto toca también a las universidades católicas, que teniendo el nombre "católico" olvidan cada vez más su identidad católica y su misión. Por estas razones es que necesitamos hacer una revisión de los fundamentos y los fines de la educación universitaria, para descubrir que la verdad es el valor moral para toda la comunidad académica y sirve a la sociedad en sentido personalista. Sin verdad, otros valores pueden ser pseudovalores, incluso en la actividad universitaria, que pueden constituirse en herramientas contra la humanidad y el desarrollo humano.